

Carril bici hacia ninguna parte

Hay fenómenos sociales que no llegan de golpe: no hacen ruido, no vienen con sirenas ni ocupan titulares durante semanas. Se instalan poco a poco en la vida cotidiana hasta que un día descubrimos que condicionan casi todo. Qué les voy a contar que no sepan. Mejor dicho, que no hayan padecido ustedes, sus padres o sus hijos. Sí, les hablo de la vivienda.

Según una reciente encuesta sobre la situación residencial en España, ocho de cada diez personas creen que garantizar el acceso a la vivienda debería ser prioritario, y cada vez más ciudadanos la ven como uno de los principales problemas del país. El barómetro de octubre del CIS refleja un aumento de 18,2 puntos en la preocupación por la vivienda tras las movilizaciones y el caso Maricarmen. También muestra amplio respaldo a proteger a las personas vulnerables frente a los desahucios y a medidas de intervención pública, aunque los decretos del Gobierno dividen a la ciudadanía.

No hace falta leer estadísticas para verlo. Basta escuchar cualquier conversación en un bar, en la cola del supermercado o en la puerta de un instituto: siempre hay alguien que busca alquiler sin éxito, una pareja que aplaza sus planes o unos padres que siguen compartiendo casa con hijos que ya deberían haberse independizado.

El otro día, al leer unas reflexiones sobre la vivienda desde el ámbito cristiano del economista Enrique Lluch, pensé en una imagen muy murciana y ciclista. Imaginemos la sociedad como una gran avenida con carril bici: algunos avanzan en bicicletas eléctricas de última generación; otros pedalean en una vieja bici heredada; y muchos ni siquiera han podido subirse porque el precio de la bicicleta se ha disparado, aunque se les siga exigiendo llegar puntuales a la meta.

Algo parecido ocurre con la vivienda. Nos hemos acostumbrado a hablar del problema como del tiempo: que si los alquileres están imposibles, que si los pisos vuelan, que si la gente joven se marcha donde puede... Lo decimos

con resignación, como si fuera inevitable y no tuviera responsables, decisiones ni consecuencias.

Pero no estamos ante una tormenta pasajera, sino ante una forma silenciosa

de exclusión. Hay personas que trabajan, madrugan, pagan impuestos y sostienen servicios esenciales y, aun así, no pueden acceder a una vivienda digna. Hacen lo que la sociedad les pide y des-

cubren que el premio prometido se aleja cada año un poco más.

Es como pedalear durante horas cuesta arriba y descubrir que alguien ha movido la meta justo cuando ibas a alcanzarla. Y cuando protestas, siempre aparece algún experto en optimismo obligatorio o en psicología positiva para decirte que te esfuerces más. Porque, al parecer, los precios bajan solos si uno desayuna fuerte y mantiene una actitud positiva.

La tradición cristiana, más sensata de lo que a veces creemos, siempre vio la vivienda como algo más que una propiedad. Una casa es refugio, estabilidad y arraigo: el lugar de las fotos familiares, las heridas curadas, los cumpleaños y esa silla medio rota que nadie tira porque aún forma parte de la historia.

Sin embargo, hemos terminado hablando de viviendas como quien analiza la Bolsa: metros cuadrados convertidos en mercancía, hogares en activos y vecinos en oportunidades de negocio. Y surge una pregunta incómoda para creyentes y no creyentes: ¿cuándo aceptamos que la rentabilidad valía más que la dignidad?

Cuando el mercado se vuelve una religión laica, aparecen paradojas difíciles de explicar: personas que buscan una habitación mientras otras acumulan viviendas como trofeos.

Quizá el gran desafío sea recuperar una idea sencilla y revolucionaria: una vivienda está hecha para vivir, no para especular. Detrás de cada contrato hay una persona; detrás de cada desahucio, una historia; detrás de cada joven que sigue en casa de sus padres, muchas veces, no hay un fracaso individual, sino colectivo.

Mientras tanto, seguimos pedaleando. Algunos avanzan por avenidas perfectamente asfaltadas.

Otros esquivan baches, bordillos y obstáculos. Y algunos siguen esperando una bicicleta que nunca llega. Lo preocupante no es solo que la carrera sea injusta, sino que hayamos empezado a verlo normal. Cuando una injusticia se convierte en paisaje, ni siquiera el timbre de una bici consigue despertarnos. ■



A UN PALMO DEL SUELO

PEDRO J. NAVARRO



Nana Pez

No queda mucho para que nuestra cocina se convierta en una farmacia. Con suerte de que se mantenga ese lugar, pues entre la crisis de la vivienda y la voracidad del trabajo sobre el tiempo, alimentada por empresarios como Juan Roig, no podremos encender ya los fogones para intentar emular a nuestras abuelas.

Siempre habrá una cápsula, en cualquier caso, en la que, a modo de gran pastillero, ordenaremos los suplementos alimenticios. Gracias a la inteligencia artificial, la misma que boicotea a Lula para apoyar al retoño de Bolsonaro, sabremos surtidos de las proteínas, hidratos de carbono, grasas o vitaminas correctas para morir sanos.

Los sacos plateados llenos de polvos ya se hacen visibles a la hora del desayuno.

No obstante, quizá por una cuestión genética, aquella que nos lleva a engullir sin control

numérico o, incluso, a disfrutar con la comida, aún es visible una rebeldía en la adaptación al menú de los astronautas.

Manda huevos que el tan vilipendiado fruto de la gallina aparezca ahora como protagonista de nuestro desayuno. Uno, que va cumpliendo años tranquilo a pesar de

que no lleva una báscula encima para ingerir la cantidad exacta de magnesio que precisan sus nervios, ha visto como su tío era criminalizado cuando, allá por los 70, se metía entre pecho y espalda un par de huevos fritos con chorizo para, bien disfrutado con pan, empezar el día. Luego comprobé que

Que aproveche



NOS QUEDA LA PALABRA

JULIÁN GARCÍA VALENCIA

hasta en los pocos hoteles con estrellas que visité en mi juventud incluían todo tipo de preparados para preparar el ovoide manjar. Hoy, no hay mesa sin huevos.

Esos signos de fin de época, o quizá no, los he notado también en el resucitado amor por el torrezno. Ya te podían poner en la tartera la más rica tortilla de patatas y los no menos sabrosos pimientos o, mejor aún, lomo o chorizo en aceite, por no hablar de un caviar que a nadie se le ocurría ni escurrir llevar. Si en ella iban los torreznos, se convertía en el obscuro objeto de deseo de todos los que veían almorzar. Me dicen mis hijos que antes de entrar al bar ahora todos preguntan si tienen torreznos, lo más calórico que te puedes imaginar en una sociedad que, tal y como se puede ver en sus valores, está obsesionada con adelgazar. ■